

cónsules, los pretores en ejercicio y sus sucesores velarán por la seguridad de ambos á dos.»

Estos acontecimientos son del año 186: la información continuó en los años siguientes, y todavía perecieron algunos cómplices. La mayor parte de ellos eran sin duda inocentes, como muchos de los inmolados en 186. En el asunto de las bacanales, no se ve indicio ninguno de conspiración contra el Estado; y los crímenes que se imputaron á los acusados, se imputarán más tarde á los judíos y á los cristianos. Los libertinos existieron ciertamente y los iniciados habían hecho desaparecer probablemente á algunos desgraciados cuyas indiscreciones temían. Los terrores y las confesiones de Hispala, más bien que las revelaciones obtenidas á precio de dinero, no pueden dejar ninguna duda. Pero este culto orgiástico, celebrado de noche, lejos de toda mirada, esta asociación secreta que tenía sus jefes y pedía una cuota á todos sus miembros, alarmó á los políticos lo mismo que á los antiguos creyentes. Aquellos cuyos hijos habían de llamar á los cristianos enemigos del género humano, no tuvieron dificultad en creer que los devotos de Baco eran enemigos de la república. En el fondo, el suplicio de los iniciados fué la primera persecución religiosa ordenada por el gobierno romano.



Baco

La supuesta conspiración hubo de poner á los espíritus en un estado que revela claramente la facilidad con que se exaltaban las cabezas de los romanos, cuando se dejaban poseer por los terrores supersticiosos. Una terrible peste azotaba á Roma y á Italia, hiriendo de muerte á un cónsul, á un pretor, á muchas personas principales y tal multitud de menores gentes que se hizo difícil el reclutamiento del ejército. El azote pareció generalmente una señal de la cólera celeste. El pontífice máximo hizo consultar los libros sibilinos; se consagraron ofrendas y estatuas doradas á los dioses curanderos, Apolo, Esculapio y Salus, y se ordenó á todos los ciudadanos mayores de doce años hacer durante dos días solemnes rogativas, llevando coronas de follaje en la frente y ramas de laurel en la mano.

Pero excitada la imaginación hizo ver también crímenes en aquellos numerosos funerales, y se pronunció la palabra envenenamiento, y cundió rápidamente, como sucede en tiempos de epidemia moral. Con esto, si hemos de dar fe á Valerio de Ancio, se hizo una información judicial que arrastró la condenación de dos mil personas, entre ellas una dama consular, Quarta Hostilia (1). Fué un nuevo holocausto al miedo.

En cuanto al proceso de las bacanales, bien merece que volvamos á él, porque nos instruye de muchas cosas importantes. Presenta al senado provocando plebiscitos, y hacien-

(1) En esta narración reuno muchos hechos que separa Tito Livio. Quarta Hostilia era la viuda del cónsul Carpuenio Pisón, que había muerto apestado. Las acusaciones de envenenamiento volvieron á suscitarse en 152, y dos nobles matronas fueron con este motivo ejecutadas en el interior de sus casas.

do por sí mismo leyes; poniendo en movimiento toda la administración, cónsules y pretores, ediles y tribunos del pueblo; arreglando las cosas de Roma y las de Italia. Hace ver hasta dónde llegaba ya la dependencia de los italianos, respecto de la ciudad que había venido á ser su capital y señora, como quiera que el senado les veda ciertos cultos y se reserva el poder exclusivo de conceder el *ius civitatis* á los nuevos dioses. Finalmente, tuvo graves consecuencias: los emperadores heredaron la desconfianza del senado para con las supersticiones extranjeras y las sociedades secretas; de modo que el senadoconsulto sobre las bacanales sirvió de regla para su política respecto de los judíos y de los cristianos.

Omitimos algunos pormenores de costumbres; los derechos aun reconocidos del tribunal doméstico; la semi-servidumbre del libertino; la facilidad con que un ciudadano puede mantener sin mengua relaciones públicas con una cortesana; la obligación en que estaba el patrono de una ciudad de tenerla al corriente de los negocios de Roma; en fin, el uso de las delaciones estimuladas con promesas de recompensas; detestable abuso que la república legará al imperio. Pero aun hay otra cosa más importante que retener, y es que Hispala no tiene la menor duda sobre el carácter religioso de estos misterios, que cree de origen divino, que teme la cólera de los dioses á causa de sus revelaciones; que el senado, en fin, piensa como Hispala, puesto que no proscribió al dios ni su culto, limitándose sólo á reprimir los abusos ó desórdenes.

Mas, para nosotros, estos desórdenes entran en una numerosa categoría de hechos análogos que registra la historia religiosa. En el seno de una asociación que se vale de procedimientos propios de las sociedades secretas, la iniciación misteriosa, el juramento solemne, la amenaza, el puñal á veces para los que violan la fe jurada, se encuentra una enseñanza de dogmas ocultos, de ritos impuros, la excitación de las almas y de los sentidos. Descuéntese la parte que se quiera de la exageración de estos horrores, siempre quedará lo bastante para acusar cierto estado de los espíritus que no se había producido aún en Roma y que permanecerá desenvolviéndose en su seno. Las bacanales proscritas reaparecieron (2), renovando sus escándalos los sacerdotes de Júpiter Sabasio. Fué preciso en 140 expulsar de Roma á estos piadosos varones con los astrólogos caldeos; pero volvieron muy pronto y tras ellos otros muchos. Sila, el conservador extremado, traerá al Enyo de los capadocios, y Varrón podrá decir: «Todos los dioses de Egipto han caído sobre Roma.»

Acabamos de asistir á los comienzos, tan humildes como vergonzosos, de una revolución moral, que ejercerá la mayor influencia sobre los destinos del imperio.

Si se enlaza esta narración con lo que dijimos en el capítulo tercero se verá cómo para las cosas religiosas el espíritu romano atravesó, antes de llegar al cristianismo, tres fases que se sucedieron naturalmente.

La primera se señaló por el carácter estrecho y seco de la religión latino-sabina.

(2) Tito Livio, XXXIX, 8-19. A pesar de los rigores del año 186, continuaron las bacanales, si bien con más prudencia al principio, y luego sin ninguna reserva, dejando de ocultarse, pues el secreto era, á los ojos del gobierno, lo que constituía el peligro. En Lavinio, dice San Agustín (*de Civit. Dei*, VII, 21), se celebraban un mes seguido en medio de las más vergonzosas obscenidades. Justo es, sin embargo, añadir que jamás introdujeron los romanos en su culto público las prostituciones sagradas que deshonoraban á muchas religiones orientales. Su reserva preservó al Occidente de esta vergüenza. Sobre estos desórdenes considerados como actos piadosos, véase J. Baissac, *Origines de la religion* (1877).

La segunda apareció cuando la pesada esclavitud de aquel ceremonial formalista, adecuado á los groseros campesinos, se hizo insoportable á hombres, que, habiendo conquistado muchas provincias y muchas ideas, comenzaban á creer que la sabiduría humana valía más para los negocios del mundo que el favor de Júpiter. Conservaron sin embargo el antiguo culto, pero sólo como medio de gobierno, y hasta el fin del imperio pagano dejaron las instituciones religiosas confundidas con las políticas; mas para sí mismos, renunciaron á las antiguas creencias sin buscar otras; y los mejores se detuvieron en ese término medio del buen sentido y de indulgente duda en que se detuvo Horacio, cuando escribió estos versos que debieron parecer muy impertinentes, cuando menos, á los devotos: «Que Júpiter dé la vida y la riqueza; yo, por mí, me daré un alma siempre igual, que no turba nunca la fortuna favorable ó adversa.» Esta es la época que hemos alcanzado, la del escepticismo.



Apolo (1)

Ya se muestra la tercera fase. La duda filosófica de los consulares, cuya educación había formado la Grecia, no era para el uso de todo el mundo. Aquellos cuyo temperamento nervioso; fácilmente excitable, llevaba á las pasiones ardientes ó á las vivas fantasías, las mujeres, sobre todo, comenzaban á abandonar á los dioses nacionales, por tanto tiempo sordos á sus ruegos, y llevaban sus ofrendas á las divinidades que les llegaban del Oriente, con todo un cortejo de ritos extraños que inflamaban las almas y los sentidos. Era la preparación de la última transformación; pero se necesitará todo el tiempo de cuatro siglos para que aquellas almas frías é interesadas lleguen al misticismo, para que aquellos hombres pasen de sus locas alegrías á las melancolías religiosas, del culto de la vida al de la muerte. Se ve cómo vacila todo en la vieja Roma, costumbres y creencias: esperemos ver pronto una Roma nueva.

V. — INFLUENCIA DE LA GRECIA EN LA LITERATURA ROMANA.

Aquellos vencidos que sometían á sus vencedores ejercieron también en las letras romanas una influencia feliz? Aun no había brotado del alma de un latino ninguno de esos gritos de dolor ó de amor que da el verdadero poeta. La poesía es cosa individual, y en la antigua Roma la severa disciplina de las leyes y de la costumbre, *mos majorum*,

(1) *Atlas del Bol. Arqueol.*, t. VIII, p. 13.

no había permitido el vuelo del genio individual. Así, se había producido el fenómeno, único entre las naciones, de que un pueblo llegara á la más alta fortuna política, sin haber encendido el hogar literario donde se mantiene la llama del patriotismo y el calor de las grandes ideas.

Cuando los romanos entraron en la escuela de Grecia, no habían formado aún su lengua ni su gusto; de modo que su literatura, desde el día en que nació, hubo de señalarse con el carácter que siempre conservó: la imitación de la literatura griega; y esta dependencia, dócilmente aceptada, le impidió abrirse una vía particular, quedando así como un eco de las potentes y graciosas voces que la Hélade había oído.

La antigua Roma había tenido sin duda cantos de un carácter rudo y grosero, que el tiempo suavizaría, y poseía tradiciones, leyendas, gloriosos recuerdos, que hubieran sido preciosos materiales para un poeta nacional. Pero este poeta no vino, y desde el calabrés Ennio, que substituyó el antiguo verso saturnino con el exámetro griego, la poesía indígena, desdeñada, se perdió sin remedio.

Seducidos por las brillantes formas de la literatura griega, los grandes señores de Roma, los Escipiones, sobre todo, la popularizaron con tal y tanto celo, que hubo de resentirse el patriotismo de Catón. Todos hablaban en griego (2), el Africano, Paulo Emilio que se trajo los libros de Perseo, Flaminio, Escipión Emiliano, que se sabía á Homero de memoria. El pontífice máximo, P. Craso, conocía todos los dialectos del griego, el mismo Catón hubo de aprenderlo, y Ennio abrió en el Aventino una escuela para enseñar esta lengua. El año de la batalla de Pidna, Crates de Mallos, el comentador de Homero, vino á Roma y dió lecciones de griego que atrajeron la multitud, y Sila permitirá á los enviados griegos que dirijan en su lengua la palabra al senado.

Sin duda ganó en este comercio flexibilidad y elegancia el rudo idioma del Lacio; pero los romanos no se contentaron con tomar las ideas, sino que tomaron también las palabras, y algunos llegaron á mezclar las dos lenguas, como Lucilio, cuya frase no solía ser más que una taracea de palabras griegas y latinas (3). Fabio Pictor había escrito ya, en tiempo de la segunda guerra púnica, una historia de Roma en griego. El senador Postumio Albino, siguió este ejemplo, excusándose en el prólogo de haber cometido acaso faltas en un idioma extranjero; á lo cual contestaba Catón: «Pero ¿quién te obligaba á escribir en esa lengua?» Flaminio, á lo menos, no cometía barbarismos en los versos griegos grabados en los escudos de plata que colgó en los muros de Delfos. «¡Salud á vosotros, oh Dioscuros, hábiles caballerizos! Tito, de la sangre troyana, os dedicó esta noble ofrenda, cuando dió libertad á los helenos.»

El más original de los escritores de Roma, Horacio, se dará á conocer con versos griegos, y en medio de sus triunfos, aun dirá á sus conciudadanos: «De noche y de día leed á los griegos.» ¡Cuántas cosas nuevas, en efecto, filosofía y ciencia, galantería amorosa y tono precioso del petimetre, poesía lírica y versos elegíacos, cuántas novedades tenía ahora que expresar aquella lengua que durante siglos no había sabido más que decir de golpe el hecho brutal, como

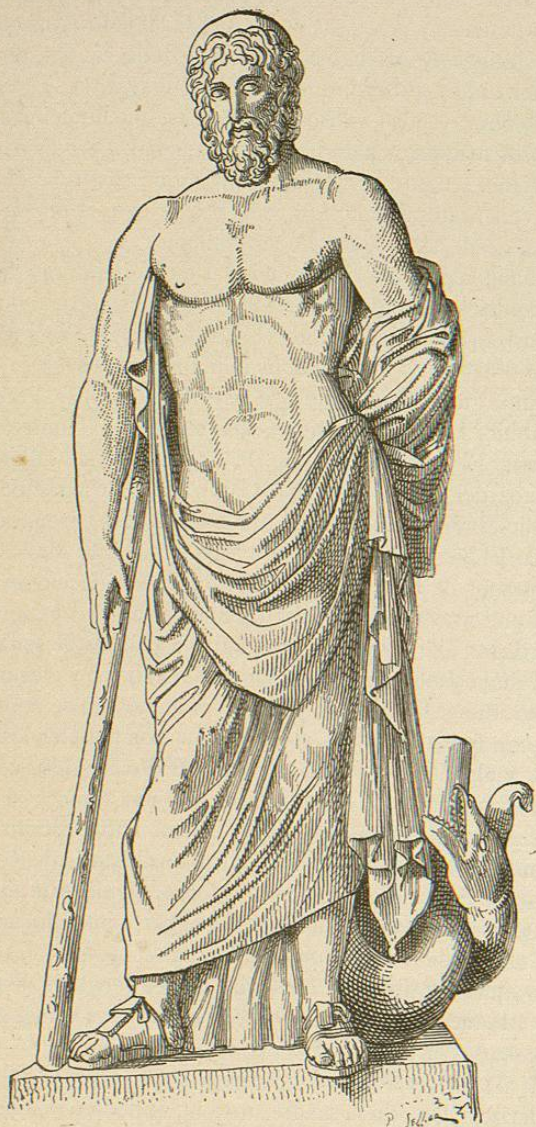
(2) Los numerosos rehenes traídos de Grecia á Italia hicieron entrar el griego en el seno de muchas familias por las relaciones de la vida privada.

(3) Hor., *Sat.*, I, x, 23: *sermo lingua concinnus utraque suavior*. Cicerón (*de Off.*, I, 31) nota el mismo defecto, aunque él mismo pone el griego en casi todas sus cartas á Atico. (V. también Juv., *Sat.*, VI.) El pretor Albicio llegó al extremo de olvidar su lengua materna. (Fragm. *Luiclii*.) Lúculo escribió también en griego, lo mismo que Cicerón; pero éste se guardaba mucho de cometer barbarismos, como los cometía á menudo Lúculo, exprofeso, según decía.

un arma que cubierta aún con la escoria de la fundición, hierre pero no brilla!

Por lo demás, lo que la literatura romana, puesta en la escuela de la Grecia, perdió en originalidad, lo ganó en rápido desarrollo, porque tomó del más rico tesoro riquezas literarias. Desde que se estableció el contacto entre el genio romano y el genio griego brilló una viva luz en Italia y Roma tuvo ya grandes poetas.

En este primer período de la literatura romana se encuentran por donde quiera las formas y el espíritu de la litera-



Esculapio (1)

tura helénica. Se traduce, se imita, se toma el ritmo mismo. El género que más se adapta, la comedia, no tiene nada de romano, pero no es tampoco la comedia aristofánica. La nobleza es muy poderosa en Roma para sufrir las libertades que Aristófanes se había permitido en Atenas, y la terrible ley de las *Doce Tablas*, sobre versos injuriosos, estaba todavía en vigor. «¡Qué locura la mía, exclama Plauto con una modestia, que no era sino discreta prudencia, qué locura mezclarle en negocios públicos, cuando tenemos magistrados para velar por ellos!» Se copia á Menandro, á Filemón y Difilo (2). Así en las comedias de Plauto y de

(1) Louvre, Clarac, núm. 233. El hijo de Apolo y de Coronide ó Arsinoe está representado con su serpiente, emblema de la vida y de la salud, bajo cuya figura fué conducido de Epidauró á Roma el año 293 ant. J. C.

(2) Para comprender la superioridad de Menandro sobre los cómicos latinos, imitadores suyos, véase á Aulo-Gelio (*Noct. Att.*, II, 23).

Terencio (3), creeríase estar en Atenas, bien que el primero sea úmbero y el segundo cartaginés. No lo ocultan ellos por cierto. «Ya he trasportado Atenas á Roma, sin arquitecto», dice uno de ellos (4); y promete mil chistes, todos áticos. El mayor elogio que César hace de Terencio es llamarlo un semi Menandro. En lugar del cuadro de las costumbres nacionales, no es ya, salvo algunas alusiones, sino la pintura atenuada de los vicios y ridiculeces del hombre: el arte pierde aquí en fuerza y verdad. Sin embargo, por aquí y por allá se acuerda Plauto á lo menos de que está en Roma; y el senador que corre á la curia porque se reparten allí los mandos; el pobre diablo que va á recibir su parte de un *congiarium*; el joven elegante, que no hace escrúpulos de robar á una cortesana, mientras no pueda saquear una provincia; aquellas mujeres cuyo lujo irrita á Megadoro tanto como á Catón; aquellas esposas de diez talentos de dote, fieles pero regañonas y rebeldes, como debieron serlo buen número de matronas, cuyos maridos no podían evitar un tumulto por cuestión de tocar; aquel cliente que no quiere deshonrar con el negocio su dignidad de ciudadano, pero que vende su testimonio y vive de sus perjurios; aquel solterón, en fin, cuyo sensual *togismo* se desenvuelve con tanta complacencia y aquel precoz libertino que amenaza con el látigo á su preceptor de condición servil; todos aquellos personajes vivieron sin duda en Roma (5).

Añádase otro, el parásito, llegado de Atenas, pero que va á pulular al rededor de las mesas ahora tan bien provistas, y que Plauto nos muestra repasando, para la próxima cena, sus cuadernos de chistes, ó irritándose contra la reciente importación de los cuadrantes solares, que marcan tan lentamente la hora de la comilona. «Confundan los dioses al que inventó las horas y al primero que trajo á esta ciudad un cuadrante solar! El traidor me ha cortado el día en pedazos. En mi infancia el vientre era un reloj mucho más exacto: jamás dejé de advertirme á tiempo ni se equivocó jamás, á menos que no hubiera nada que comer... Ahora, aunque haya mucho, no hay nada mientras no quiera el sol.»

Sé que los poetas cómicos que pretenden pintar la sociedad, pintan sólo las extravagancias, las ridiculeces, los vicios excepcionales; que uno solo de sus versos, vigoroso y enérgico, hace más ruido en el mundo que la virtud de mil mujeres, porque esta virtud, que no tiene en el teatro su morada habitual, se oculta en la ciudad. Así, á pesar de todos los gréculos, yo creo que había en Roma gentes honradas, como había, á pesar de Epicuro, muchos creyentes. La vida íntima de un pueblo no se altera sino con mucha lentitud. Lo que puede rápidamente cambiar es la moral, las costumbres de los recién enriquecidos. Todos los días lo vemos, respecto de algunos; Roma lo vió respecto de muchos, porque para muchos el paso de la pobreza á la riqueza fué repentino. Pero al lado de desórdenes escandalosos,

(3) Plauto nació en Sarsina (Umbria) hacia 254 y murió en 184; Terencio nació en Cartago, y apresado por unos piratas, fué vendido al senador Terencio Lucano, muerto á los 35 años de edad en un naufragio.

(4) Plauto, *Trucul.*, prol.

(5) *Trucul.*, v, 80-90; *Penu.*, 659. Para otras alusiones de Plauto, véanse los *Cautivos*, el *Gorgojo*, el *Asinario*, *Casina* y en *Curculio* (IV, 1, 478-500) su descripción de Roma: «Necesitáis un perjuro? id al Comicio; un embustero? buscad al rededor del templo de Venus Cloacina...; en el burgo Toscano encontraréis las gentes que se venden de suyo; en Velabro, los adivinos y los viciosos que frecuentan la casa de Leucadia Oppia.» Véanse también en los *Menecmos* las escenas de truhanería que los dos héroes de la acción, personas de buena casa, sin embargo, se permiten. En la corte de Luis XIV se hacían trampas en el juego; en la de Augusto se metía la mano en el bolsillo del inmediato (*Catul.*, *Carm.*, XII, 25) y el uso tenía ya fecla.

la antigua autoridad se conservaba en muchas familias: encontrábase Virginius que preferían para sus hijos la muerte á la deshonra (1). Las matronas podían entrar aún con la frente alta en el templo del Pudor, y más de una hacer escribir, como Claudia, en su sepulcro: «Dulce de palabra, encantadora en su andar, amó á su marido de todo corazón, guardó la casa é hiló la lana, *domum servavit, lanam fecit.*»

El mismo Plauto hace decir á Alcmena: «Mi dote es la castidad, el pudor y el temor de los dioses; es mi amor á mis semejantes, es ser sumisa á mi esposo, benéfica con los buenos, servicial con la gente de buen corazón.» Lucrecio,



Menandro (2)

tan terrible al amor, concede al sabio que puede encontrar también la felicidad en una honesta unión, como en tiempos antiguos se habían conocido, como en los modernos se conocían aún. Esta Alcmena de Plauto se llamará muy pronto Cornelia, la hija de Escipión y la madre de los Gracos.

No queda ni una sola comedia de Cecilio, aquel galo cisalpino que se igualaba á Terencio, cuyos comienzos hubo de facilitar, pero que no merecía este honor á juzgar por las citas de Aulo Gelio.

Otros dos poetas, uno que precedió á Plauto y otro que

(1) Poncio Aufidiano y Atilio Filisco matan á sus hijas; Fabio Máximo Serviliano, á su hijo; Menio, al más caro de sus libertos. Por asunto de costumbres es condenado un tribuno del pueblo y ninguno de sus colegas quiere intervenir; los adúlteros son castigados de muerte ó castrados, y los autores de este castigo no son perseguidos. (*Val. Max.*, VI, 1, 3-13.)

(2) Estatua del Vaticano, galería de las estatuas.

lo siguió, Nevio, soldado de la primera guerra Púnica, que cantó en un poema admirado por Cicerón, y Lucilio, que combatió bajo el mando de Escipión Emiliano delante de Numancia, tuvieron ambos á dos, si no más talento, más valor y originalidad. Nevio escribía en el antiguo ritmo nacional, en versos saturninos, y los títulos latinos de muchas de sus piezas (3) indican que le plugo representar las costumbres del pueblo ínfimo de Roma. Sabemos también que no temió criticar á los más poderosos ciudadanos, y que dos veces le valieron sus versos el honor de la persecución. La historia debe restituírle el puesto que tan audazmente había tomado en frente de los nobles y hacer mención del pobre campaniense en la gran lucha sostenida por Catón contra los Escipiones.

Enemigo de la influencia griega que vió comenzar, hizo escribir en su sepulcro: «Si los dioses pudieran llorar á los mortales, llorarían las musas al poeta Nevio. Cuando él bajó al tesoro de Plutón, olvidaron ellos en Roma su bella lengua latina.»

Tenía razón en temer aquella invasión de formas y de ideas griegas: la comedia de Atenas (*palliata*) borró la de Roma (*togata*), y el tiempo no ha respetado casi nada de Nevio, á no ser algunos versos, entre los cuales hay este que le hace honor: «Siempre he preferido la libertad al dinero.» Los que, como él, quisieron pintar las costumbres nacionales no tuvieron mejor suerte (4).

En cuanto á Lucilio, rico caballero, amigo de Emiliano y tío de Pompeyo (5), su origen lo protegió: escribió impunemente treinta sátiras, género que él creó y que ha conservado un carácter muy romano, gracias á Horacio, Persio y Juvenal. En ellas se burla del rico y del pobre y del pueblo y de la aristocracia «que desde por la mañana hasta la noche corren al foro, preocupados de un solo interés, engañarse unos á otros.» Cónsules, triunfadores, Metelo, Carbón, el fosco Opimio, Casio, Cota el *mal pagador*, Torcuato, Tuditano el *Collón*, Calvo el *mal soldado*, nadie se escapó de su mordacidad, ni Lupo, juez prevaricador é impío, ni Galonio, *voragine viva*, ni aun la nariz del pretor designado (6). «Crean ellos que pueden cometer impunemente todos los crímenes: son nobles y esto basta para cerrar la boca á los descontentos.» «Hoy, decía en otro lugar, el oro hace el oficio de la virtud: según el oro que se tiene, así se concede el mérito.»

¿Es casualidad ó intención del poeta? En estos fragmentos no se encuentra el nombre de Nevio ni el de Plauto, mientras los traductores de la Grecia, Ennio, Pacuvio, Cecilio son rudamente flagelados. El pueblo gusta de reirse de todo hasta de sí mismo, y la sátira de los hombres de su tiempo valió á Lucilio una inmensa popularidad. Cuando murió, quisieron los ciudadanos costear los gastos de sus funerales.

Nada tenemos que decir de Terencio, sino que es un poeta correcto, que jamás *hierve á borbotones*, como se decía de Nevio, y que se dirigía menos al pueblo que á Lelio y á Es-

(3) *Agitatoria*, *Ariolus*, *Bubulcus*, *Cerdo*, *Figulus*, *Fullones*, *Lignaria*, *Tunicularia*.

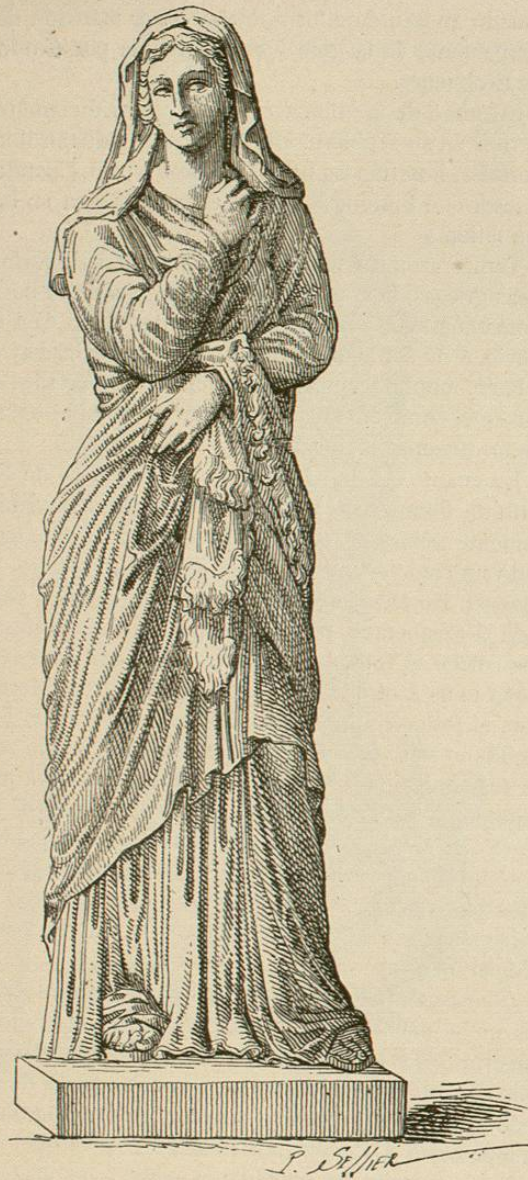
(4) Afranio, Fabio Dosennio, Titinio, Quincio Atta, y el gran autor de Atelanas, Pomponio de Bolonia.

(5) Nació en Suesa Aurunca, en 148, según Eusebio, pero probablemente antes; el más largo de sus 800 fragmentos no tiene más que trece versos (*Lucil.*, *Reliq.*, edit. Douza). Se ha dicho sin razón que fué el primer romano de noble condición que dió parte de su vida á las letras. Dió buena parte de su tiempo á los negocios, pues se enriqueció en las subastas públicas, y Catón y Fabio Pictor habían escrito mucho.

(6) *Nec designati rostrum pratoris*. No respetó más que la virtud, *uni equus virtuti*, dice Horacio.

ción. Pinta caracteres de todos los tiempos, y si encanta á los hombres de letras con la elegancia de su lenguaje, no suministra al historiador un rasgo que pueda aprovechar, á no ser que se había formado en la Roma de aquel tiempo una sociedad de ilustres ingenios. Pero esto mismo no es sino un carácter de las nuevas costumbres.

Tampoco haremos más que mencionar las tentativas dramáticas de Nevio y de Ennio, la *Educación de Rómulo y Remo*, del primero, y el *Sitio de Ambracia*, del segundo. La Melpómene griega no salvó nunca las aguas del Adriático:



La diosa Pudor (1)

para la tragedia se necesita un ideal que los romanos no tenían. Esquilo y Sófocles vivían cerca de los dioses y de los héroes: los dioses de Roma, encerrados en el Capitolio, cerca del lugar donde deliberaban los sabios, eran de suyo demasiado graves para correr aventuras, y sus grandes hombres, soldados del deber, llevaban bien la corona cívica, pero no tenían en la frente la aureola de los héroes. Ni los unos ni los otros podían dar la grande inspiración poética.

La tendencia general de esta literatura es también la de la Grecia, la impiedad. Ya he dicho que Ennio había traducido el libro de Evemero: según sus fragmentos y los de Pacuvio, los augures, los arúspices y los adivinos se burlan

(1) Estatua del Museo del Louvre, núm. 124 del catálogo Clarac.

con aplauso del pueblo en el teatro, dice Cicerón, de los mismos dioses que adoran en los templos. Lucilio, que no respetaba más á los huéspedes del cielo que á los de la tierra, representaba á los doce dioses mayores sentados en consejo riéndose de los que les daban el nombre de padres; ó bien, embarzándose Neptuno en una discusión de que no podía salir, decía para excusarse que ni el mismo Carneades podría resolver la dificultad (2).

En otro lugar se burla de los romanos «prosternados y trémulos ante los vanos simulacros imaginados por Numa, ni más ni menos que los niños que toman por hombres las estatuas, dando un corazón palpitante al mármol ó al bronce y poniendo la verdad donde sólo está la mentira.»

De vez en cuando está Plauto tentado á creer en un ser superior y en su providencia: su comedia del *Rudens* tiene también una inspiración moral y religiosa. La comedia principia por un prólogo que recita un personaje divino, la estrella Arcturo, apareciendo en la escena entre nubes, con la frente ceñida de una aureola también de estrellas y diciendo á los espectadores: «Soy un habitante del cielo, uno de los genios que reinan de noche entre los astros, y á quien de día manda Júpiter á la tierra para observar las acciones de los hombres y darle de ello cuenta exacta y fiel. El mismo revisa las sentencias de los jueces y de los poderosos; é inquiera si se gana la causa por la intriga y el fraude, y la multa que impone tarde ó temprano supera en mucho la ganancia hecha por medios ilícitos. El crimen y la virtud se inscriben por su orden en libros eternos. Yo soy quien suscita hoy la tempestad contra el pérfido que veréis arrastrarse por la playa.» Pero no todos sus dioses, recitadores de prólogos, son tan respetables: su Júpiter, sobre todo, tiene costumbres escandalosas. ¿Y qué debían pensar los fieles cuando representaba Plauto al padre de los dioses y de los hombres olisqueando el vapor que se escapa de las cacerolas de un cocinero locuaz, ó acostándose sin cenar, cuando el cocinero no trabajaba, y á Sosio explicando que el día se tarda en aparecer porque Apolo tiene pereza de levantarse habiendo bebido la víspera más de lo razonable? Muy luego presentarán los mimos todos los días al pueblo á Anubis adúltero, á Diana azotada y á tres Hércules hambrientos.

Un poeta de la edad siguiente, pero que por su estilo y sus pensamientos pertenece al tiempo de que hablamos, Lucrecio, desenvolvió con audaz elocuencia las doctrinas materialistas de Epicuro. Había venido, decía, para librar á las almas de las cadenas de la superstición (4), para levantar los corazones que el terror oprime, para poner fin á esas ofrendas de víctimas, que los hombres en su espanto llevan sin cesar al pie de los altares. Si en su magnífica invocación del primer libro, se dirige á Venus, es porque Venus es para él la naturaleza misma, que en su potente vida repara sin

Un poeta de la edad siguiente, pero que por su estilo y sus pensamientos pertenece al tiempo de que hablamos, Lucrecio, desenvolvió con audaz elocuencia las doctrinas materialistas de Epicuro. Había venido, decía, para librar á las almas de las cadenas de la superstición (4), para levantar los corazones que el terror oprime, para poner fin á esas ofrendas de víctimas, que los hombres en su espanto llevan sin cesar al pie de los altares. Si en su magnífica invocación del primer libro, se dirige á Venus, es porque Venus es para él la naturaleza misma, que en su potente vida repara sin

(2) Cic., de Rep., III, 6. Se burlaba también del culto de las imágenes: *corum stultitiam qui simulacra deos putant esse deridet* (Lact. Inst. Div., XIV, 22).

(3) Medalla única del Museo de Gotha. Visconti: *Iconog. romana*, p. 148, núm. 3.

(4) *Religionum animam nodis exsolvere pergo* (I, 931); y termina el sacrificio de Ifigenia con el famoso verso:

Tantum religio potuit suadere malorum.



Terencio (3)

cesar la obra de la muerte. Relega á los dioses lejos del mundo y de los hombres á un reposo inútil; no quiere que el rayo sea la providencia de los dioses, y arranca á Júpiter «esa llama ciega que rompe los sagrados templos, extravía su furor en los desiertos ó en el océano y pasa por el lado de un culpable y va á herir la cabeza de un inocente.»

En la creación todo se lo explicaba él por causas físicas y cubría con frecuencia este empirismo con la más grandiosa poesía. «El rayo es el viento que se inflama en su impe-



Melpómene (1)

tuosa carrera; la vida es la rápida sucesión de los seres que se disuelven y se recomponen (2); la muerte el inalterable reposo del más dulce sueño, y el infierno una invención de los poetas ó de la conciencia de los culpables. — Ese Tántalo, helado de espanto, bajo la roca que lo amenaza, no es sino el hombre espantado de la vana cólera de los dioses y que se cree abrumado por su enojo bajo los males que le inflige el destino ciego. ¿Qué ser podría bastar á un dolor eterno ni suministrar eterno alimento á la crueldad de sus verdugos? Colmar su alma de todos los bienes sin hartarla jamás ¿no es el suplicio de aquellas jóvenes que vierten sin cesar en un vaso sin fondo un agua fugitiva? — Como el

(1) Estatua colosal del Louvre, que adornaba probablemente el teatro de Pompeya, núm. 348 del catálogo Clarac. Roma tuvo algunas traducciones ó imitaciones de tragedias griegas, sobre todo de Eurípides. Las obras de Accio, entre las cuales había también asuntos romanos, se perdieron. Cicerón (*pro Plancio*, 24; *pro Sestio*, 56) hace de él grandes elogios. Queda de su *Prometeo* un monólogo que no sería indigno de Esquilo (Egger, *Lat. serm. vet. relig.* p. 197).

(2) Es el principio de la ciencia moderna: nada perece; todo se transforma.

hombre, el mundo también morirá. Un día, y acaso lo veas tú mismo, esas inmensas bóvedas quebrantadas por grandes y numerosos choques se hundirán esparciendo sus abradadores despojos en el espacio. Estas verdades, se atreve á decir, son más ciertas y seguras que los oráculos que salen de la trípede de Apolo» (3).

Muy luego dirá César en pleno senado que la muerte lo acaba todo, y Cicerón, el hombre que escribió el *Sueño de Escipión*, dará por necias fábulas las doctrinas de una vida futura (4). «¿Qué mal puede hacer la muerte, á no ser que dando fe á cuentos pueriles creamos también que el malo sufre tormentos en los infiernos? Si pues son quimeras, como todos sabemos (5), ¿qué nos quita la muerte? El sentimiento del dolor.»

Fuera de esto, aunque los dioses hubieran recibido en el teatro y en los libros los hipócritas homenajes que les prodigaba el mundo oficial en los templos, no estarían menos muertos. Iluminados ya los espíritus, veían la vanidad de aquellas fábulas creadas por la imaginación de los pueblos niños, y haciéndose más hombres, tenían menos necesidad de dioses.

Pero la vieja religión no se va sola: la más antigua virtud de Roma, el patriotismo, se pierde también en aquel imperio inmenso, donde no sabe á qué adherirse. Lucilio se burla en vano de aquel Albucio «que prefirió ser de Atenas á ser de Roma y desea que en pleno foro se salude en griego *Xαίρει*» por más que insiste en que conviene subordinar los intereses personales á los de sus semejantes y estos á los de la patria, he aquí á Lucrecio que escribirá un poema de siete á ocho mil versos, en que no pondrá más que una vez y por casualidad el nombre de Roma.

Y sin embargo, Roma tenía, más que nunca, necesidad de ciudadanos resueltos y devotos; pero no eran los versos de Lucrecio, por magníficos que fueran, los que podían dárselos. «Cuando la tempestad levanta el mar inmenso, es grato contemplar desde la orilla al marino azotado por las olas; ver peligros que uno mismo no corre y asistir á las batallas empeñadas en la llanura sin tomar parte en sus azares. Pero todavía es más grato elevarse á las serenas regiones de la ciencia, á los inviolables santuarios que construye el pensamiento de los sabios, y desde donde se ve de lejos á los hombres errantes por aquí y por allá en la vida compitiendo en genio y en nobleza y consumiéndose de día y de noche en esfuerzos infinitos para lograr la fortuna ó el poder... ¡Miserables hombres! espíritus ciegos que no comprendéis que lo que el alma necesita es solamente librarse de cuidados y supersticiosos temores!»

¡Muy bellas imágenes! pero reconozcamos que este gran poema no será nunca una escuela de patriotismo. Antes de Lucrecio, otro discípulo de la Grecia, el apuliano Pacuvio, había dicho: «¡La patria!... La patria está allí donde uno vive bien» (6).

El cielo y el infierno se corresponden: quien niega el uno, niega el otro; y así no se creía que hubiera expiaciones ni recompensas de ultra tumba. Los letrados no hablaban siquiera ya de aquella vida triste y silenciosa de los manes, tan cara á los romanos de los antiguos tiempos. El estoico Pametios, amigo de Emiliano, decía con la mayor parte de los retóricos venidos á Roma, que el espíritu muere al mis-

() Virgilio cree también en el fin del mundo, mas para esperar su renovación.

(4) *Pro Cluentio*, 61: *ineptis ac fabulis*.

(5) *Qua si falsa sunt, id quod omnes intelligunt* (*Pro Cluentio*, 61).

(6) Cic., *Tusc.*, V, 37. Pacuvio, sobrino de Ennio, nació en Brindis hacia 220 y murió en Tarento en 132. Cultivó, como Fabio Pictor, la pintura y la poesía.